

Rosa Sanz Serrano – Marina Díaz Bourgeal – José Ramón Pérez-Accino (eds.), *Eros imperat. Poder y deseo en la Antigüedad*, Madrid, Guillermo Escolar, 2020, 280 pp. [ISBN: 978-84-18093-63-0].

Esta publicación es el resultado final de un seminario internacional de título homónimo celebrado en octubre de 2014 bajo la égida de dos asociaciones de divulgación e investigación de historia antigua de la Universidad Complutense como son la Asociación Barbaricum y Egiptología Complutense. Sin embargo, la materialización definitiva del mismo en soporte escrito no sigue la línea habitual de las ediciones académicas al uso, sino que su propósito, además de lo que en palabras de los editores es “mostrar cómo (...) los efectos de la pasión, de los celos, de los conflictos de afectos han influido en el devenir histórico” (p. 7), lo constituye asimismo el deleitar a los lectores a través de una serie de historias de fervoroso deseo narradas con total libertad literaria. Una acertada decisión, pues, a la postre, resulta sumamente atractiva.

El volumen colectivo contiene un total de catorce artículos que realizan un extenso recorrido a través la Antigüedad que nos conduce desde el Israel de la época de los patriarcas hasta la Tardoantigüedad, pasando por el Egipto faraónico y ptolemaico, así como, incluso, por la China imperial. Como añadido a su facilidad de lectura, cada uno de ellos mantiene el espíritu académico en sus notas a pie de página, así como su pertinente apartado bibliográfico final que ayudará al interesado lector a ampliar los temas tratados en el texto.

Los dos primeros artículos se sitúan geográficamente en el Levante mediterráneo y en el valle del Nilo. Abre el volumen J. Alonso López trasportándonos a la época patriarcal israelita del Antiguo Testamento. Este autor ahonda en la trascendencia para la cultura hebrea de la Ley de Dios –concretamente, la ley del levirato, que imponía el matrimonio entre una viuda sin hijos con uno de sus cuñados– y en la necesidad de su riguroso cumplimiento como demostró el propio Judá. A continuación, J. R. Pérez-Accino se centra en “uno de los aspectos más discutidos y atrayentes del reinado de Hatshepsut” (p. 24), a saber, la relación entre la faraona egipcia y el cortesano Senenmut, cuya figura, en tanto que de género masculino, se convirtió en una institución necesaria al servicio del largo y significativo reinado de aquella.

En el ámbito de la mitología se centran R. García-Gasco Villarrubia y C. G. Wagner. La primera ofrece una aproximación de múltiples matices a la potencia del irrefrenable deseo sexual en episodios trascendentales del Ciclo Troyano con especial atención a Tetis y Helena, así como a Eros y Afrodita. El segundo relata el origen de los centauros partiendo del mito de las bodas de Hipodamia y la orgía de violaciones que aquellos provocaron, así como las consecuencias que ello tuvo en el ámbito de las creencias religiosas posteriores.

Entre la historia y el mito se mueve E. Faber, quien lleva a cabo una particular panorámica sobre la recepción literaria (*Nibelungenlied*) y cinematográfica (*El*

*hombre sin sombra*, *El señor de los anillos*, *El hobbit* y *El paciente inglés*) del relato de la ascensión al trono de Gíges de Lidia; pone en liza el legado histórico-cultural que representan tanto su contemplación de la reina desnuda como su anillo de poder e invisibilidad. Y del mito al *logos* con J. Cano Cuenca, pues nos expone el modo en el que los filósofos platónicos describieron los “estragos” (p. 103) que producía en el alma humana el hecho de contemplar la belleza directamente, al más puro estilo de las experiencias iniciáticas en las religiones místicas.

Ya en el terreno de la historia, aunque sin abandonar la oscuridad de unas fuentes tardías y más bien parcas en información, D. Hernández de la Fuente nos acompaña en una agradable lectura y comentario de las mismas en relación con Aspasia, compañera de Pericles, una “gran personalidad femenina con una enorme influencia política y cultural, tal vez la única mujer de su género que haya habido en la Grecia clásica” (p. 101). El calado de su figura puede inferirse por haber sido alabada por insignes cristianos como Clemente de Alejandría o Sinesio de Cirene, quien la comparó con su amada y malograda maestra Hipatia.

Acerca de cuestiones de género se ocupa P. González Gutiérrez. Lo hace en un interesante estudio que pone en juego “la transversalidad entre género, religión, represión, sexualidad y ritos de paso” (p. 127) y observa el empleo de condenas a mujeres como vía de escape de la máxima autoridad romana ante situaciones sociopolíticas complicadas. Precisamente de una mujer condenada por Roma trata el capítulo de J. Ángel y Espinós, a saber, de la última reina de la dinastía Ptolemaica, Cleopatra VII, quien fue blanco de furibundos ataques desde distintos frentes al tiempo que se conformó como arquetipo de seducción legendario que llega hasta nuestros días. De la seducción en los albores del Imperio a su desarrollo a nivel literario a lo largo de las tres centurias del Principado en tratados de autores latinos, desde Livio a Amiano, es el objeto de I. Moreno Ferrero. En su “apunte informativo y metodológico” (p. 172) analiza el tratamiento de aquellos de casos paradigmáticos desde Agripina a Julia Domna.

Con el foco ya en la Antigüedad Tardía, el volumen cuenta con tres artículos protagonizados todos ellos por damas de púrpura. La terna comienza con el de R. Sanz Serrano en torno a la única hija de Teodosio I, Gala Placidia, y el mestizaje imperial que supuso su matrimonio con el mercenario godo al servicio de Roma Ataúlfo; todo un símbolo de la unión, según el clásico tópico, entre civilización y barbarie, aunque desde luego ella mantuvo “la idea de que el bárbaro no era distinto al romano” (p. 200). Por su parte, la obra póstuma del erudito J. M<sup>a</sup> Blázquez Martínez sobre la emperatriz Teodora es fiel reflejo de su prolífica carrera académica. Profundiza en una de las cuestiones que más ha intrigado a la investigación moderna, esto es, su meteórica subida de la pirámide social –un verdadero hápax histórico– desde la prostitución a mano derecha del emperador. En tercer lugar, C. Martínez Maza nos presenta la historia de un crimen en el que, según las fuentes, la venganza jugó un papel esencial. Se trata del supuestamente perpetrado por la reina de los lombardos Rosamunda en una conspiración palaciega a la que distintos autores fueron añadiendo todo tipo de colorido a lo largo de tres centurias; si bien estas invectivas cada vez más dramáticas no constituyen sino el “resultado de un proceso de recreación historiográfica que atiende a las necesidades ideológicas del reino lombardo” (p. 231).

Finalmente, D. Sevillano López cierra el volumen con el elemento exótico que representa el reinado de la emperatriz Wu Zetian, perteneciente al ámbito de la China

imperial de la dinastía Tang (618-907). Nada hacía presagiar durante su infancia recluida en un monasterio budista que llegaría no solamente a consorte imperial, sino, tras la muerte de su esposo, a fundar su propia dinastía. La comunión de su vida privada con los intereses ideológico-dinásticos le granjearon la animadversión de unas fuentes que lanzaron pertinentes acusaciones de libertinaje sexual.

En definitiva, a modo de conclusión, la presente obra cumple de manera óptima sus propósitos de hacer visible esa dialéctica en términos históricos entre los factores amor y deseo (p. 8), así como, podríamos añadir, de ofrecer alternativas hermenéuticas a los modelos y paradigmas aceptados por una historiografía antigua que no en pocas ocasiones tenían intereses espurios anejos a los contextos de poder de la época.

Marco Alviz Fernández  
UNED. Madrid  
malviz@bec.uned.es